

Los «picassos» de Pereira

Ana María Navales

Antonio Pereira es escritor de prosa y verso. Reunió su obra poética en «Contar y seguir» (1972) y «Antología de la seda y el hierro» (1986), y quizá sus títulos más recordados, en lo que a narrativa se refiere, sean «El ingeniero Balboa y otras historias civiles» (1976) y «País de los Losadas» (1978). En los últimos años parece que su actividad literaria se ha decantado por el relato, y a partir de «El síndrome de Estocolmo» con el que consiguió el premio Fastenrath de la Academia, al que siguió «Cuentos para lectores cómplices», ha habido una especie de redescubrimiento de este escritor leonés, especialmente dotado para la narrativa breve.

Ahora Pereira publica «Picassos en el desván», una colección de cuentos en los que algunos, como el que da título al libro, de media página o apenas unas líneas, son casi un esbozo de argumento, un apunte que no da para más, que se malograría si estirase la palabra hasta redondear la historia o explicar la

intención amagada en cualquier frase; así, «Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos», nacido de un verso que no consigue alargarse en poema, que no se transforma en relato porque es un buen empuje (...). Pero, ahora qué»

Hay también otras brevísimas narraciones que mueren antes de crecer, como «El escalatorres» de una ciudad que alienta el deseo de ver cómo el artista se desprende de un saliente y se mata; «La violinista» que destaca de la orquesta y provoca en la imaginación de algunos hombres de la sala juegos de amor para sus manos, dedos, «Los pasadizos» entre las casas de una ciudad apiñada, «que garantizan pleitos largos como para llenar una vidas», «La esquela» de una desconocida condesa, que evoca parques con fuentes y el cuello de una estatuas, o «The Ends», el escueto relato de la voladura controlada del edificio de un viejo cine que provoca la estampida de los caballos del pueblo, como en más de una película de las que allí se habían visto.

Estampas, dibujos de un momento, que se intercalan entre los relatos mayores, en los que los personajes viven con mayor holgura, captados en un instante de sus vidas aparentemente normales; por su

lado más original. Así, la «script» que desea hacer el amor con un templario; la barbera alemana que «era ya como del pueblo», hasta que la policía la encontró y salió en las fotografías de los sucesos, junto a esos horrores de Düsseldorf que cuesta trabajo creer; «Elisa, la de la espalda que no se terminaba nunca, era como el mar y la libertad», «Amodeo, que tenía un físico para ganarse la voluntad de señoras con recuerdos y con gatos»; el General, al que le gustaba el arroz con leche... Personajes que como los lugares o las ciudades que habitan, están llenos de secretos que se desvelan con ternura y talento.

En éstas, como en tantas otras narraciones breves de Pereira, se advierte su dominio del género; se ponen de relieve, una vez más, las cualidades de su estilo: la ironía, más sabiamente socarrona que tierna; el erotismo, manejado con gracia y buen tino; el realismo cogido por el lado menos tremendista, suavizado, en ocasiones con ese humor sentimental y elegante; la sugerencia que conduce plácidamente hacia un final que encierra sorpresas nunca detonantes, y esa mirada natural y humanizadora que se hunde en la parte más oscura de sus personajes, sacando a la luz lo que ocultan, sin velar esa verdad y sin dramatizarla, sin elevar tampoco demasiado la

naturaleza del ser, rozando muy poco la trascendencia, y sin dar nunca lecciones de comportamiento ni extraer consecuencias morales, porque las cosas son como son y no hay que darles más vueltas.

La de Pereira es una prosa de madurez que se disfruta en todo momento porque el relato está siempre medido, nada sobra en la historia que se nos cuenta y cualquier indicio conduce a su final propio. Estamos ante un escritor que conoce a fondo el difícil género de la narración breve y nos presenta sus historias con esa facilidad que sólo proporciona la maestría. Su conocimiento del mundo, de las reacciones humanas ante cualquier situación, se pone también de manifiesto en la variedad de tipos y conductas sociales que muestra a través de sus argumentos.